

## INTERPRETACIÓN SUBVERSIVA DE LA INTERPRETACIÓN HEGEMÓNICA: EL REVÉS DEL DISCURSO PSICOANALÍTICO CANÓNICO

Dra. Pilar Errázuriz Vidal  
Directora

Centro de Estudios de Género y Cultura en América Latina  
Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile

En el marco del Proyecto Internacional I+D *La Igualdad de Género en la cultura de la sostenibilidad: Valores y buenas prácticas para el desarrollo solidario* (Subprograma de Proyectos de Investigación Fundamental no orientada, España).

Desde mi práctica de más de 20 años como terapeuta psicoanalítica con escucha de género, rescato procesos de cura consistentes en una deconstrucción / reconstrucción de una subjetividad en las mujeres prófugas de los mandatos, prejuicios, estereotipos y descalificaciones de género, tan solo por encontrarse en el eco de una escucha otra, crítica al discurso patriarcal y no frente a una repetición estereotipada en los cientos de divanes que interpretan los deseos de emancipación femenina como desajuste frente a su “destino normal”. “*La castración simbólica es un objeto de análisis y no un objetivo del análisis*” advierte Michel Tort (Rosenberg, 1996:284 a todo sujeto-supuesto-saber que conduzca su práctica clínica con un subtexto normativizante y biopolítico

Una frase recurrente en muchas de mis pacientes expresa una dicotomía “yo como mujer”, diferente de “yo como persona”. Su ser “persona” se reconoce en las definiciones de sujeto pensante, en equivalencia con los varones y en igualdad de derechos. El “yo como mujer” recurre al discurso adquirido acerca de su *ser para otros* y a los intentos (fallidos muchas veces) de narcisizar la frustración, y de hacer de ella una virtud, como asegura Nora Levinton que es el mandato para la moral de las mujeres (Levinton, 2000: 193). Este “yo como persona” no parece referirse a la instancia yoica sino a lo que podríamos llamar *el sí mismo*, en una certeza interna de integrar lo humano; mientras que su “yo como mujer”, que bien

podría referirse a la instancia yoica refrendada cotidianamente por su realidad y materialidad de mujer, cuestiona, por momentos, su certeza de gozar del estatus de sujeto. Esta dicotomía nunca la he constatado en pacientes varones, es decir, “yo como persona” y “yo como hombre” porque tienen su razón de ser en el uno universal, concepto inscripto en el sistema sexo-género: hombre es sinónimo de ser humano, de ser persona. Devenir mujer como expresa Simone de Beauvoir, es aceptarse en el designio de ser “la otra del uno”.

Para Freud, ambos, niño y niña, crecerían indiferenciados psíquicamente hasta darse cuenta de la diferencia sexual anatómica y del significado que ésta tiene en el contexto patriarcal. En 1933 asegura el Maestro a sus colegas varones que *la mujer* a pesar de que “su ser es determinado por su función sexual” y de que “esta influencia llega, desde luego, muy lejos, es preciso tener en cuenta que la mujer integra también lo generalmente humano” (Freud, 1933/1981:3178) y explica la diferenciación para las mujeres de este modo:... “el complejo de castración de la niña es iniciado por la visión del genital del otro sexo. La niña advierte en seguida la diferencia y *–preciso es confesarlo–* también su significación. Se siente en grave situación de inferioridad” (Freud, 1933/1981:3172).

A nuestro entender, no se trata de que en algún momento de su vida la “niña fuera un hombrecito” (Freud 1933/1981:3167-3171) y hubiera debido renunciar a esa pretensión con la consiguiente nostalgia de aquello, sino que, habiendo accedido a su calidad de sujeto deseante, como todo sujeto escindido por la castración simbólica, en una pirueta heredera de las relaciones de parentesco, las niñas debieron abandonar dicho lugar para situarse en la posición de objeto deseado, de falo, en términos psicoanalíticos lacanianos, de mercancía para su intercambio en palabras de la antropóloga Gayle Rubin, o de híbrido sujeto/objeto en palabras de Rita Segato. Mabel Burin (Burin, 1987) señala que las niñas reprimen muy tempranamente *la pulsión de dominio y el deseo de poder* y que su energía afectiva se destina al cuidado de los vínculos y a procurarse aceptación en su entorno. Esto construirá en su subjetividad el techo de cristal, superficie

invisible que dificulta a las mujeres a escalar posiciones profesionales elevadas y que las hace sentirse como usurpadoras de espacios que no le corresponden, como lo afirmó ya en 1929 Joan Rivière (Rivière / Lacan, 1985).

Durante más de veinte siglos, en Occidente el orden simbólico ha sido construido en clave patriarcal por el colectivo dominante de varones con la consiguiente dominación masculina y su contraparte, subordinación femenina. El contrato social de la Modernidad que prometía disipar el oscurantismo gracias a las luces de la Ilustración, solo se realizó entre varones libres e iguales, como lo señala Carole Pateman (Pateman, 1995), con la consecuencia implícita de la exclusión de las mujeres, quienes, gracias al matrimonio, aceptarían dependencia a cambio de protección. La nueva organización política en Occidente, el fin de los Imperios y nacimiento de las Repúblicas y del derecho natural que predicaba la igualdad entre hombres y mujeres, puso en riesgo la dominación masculina secular y las elites decimonónicas de varones tuvieron que recurrir a la heterodesignación de una feminidad para las mujeres, de acuerdo con su proyecto democrático con el fin de metaestabilizar el joven patriarcado emergente. Las ciencias con Darwin, la filosofía con Hegel, y Schopenhauer, la sociología con Michelet, la psicología con William James, la sexología con Weininger, la criminología con Lombroso (Errázuriz, 2012) refuerzan un discurso de inferioridad y peligrosidad femenina que justifica su sujeción y ha sido denominado *Misoginia Romántica*, por las filósofas Alicia Puleo y Amelia Valcarcel (Puleo, 1992). El imaginario social en Europa y América fue invadido por representaciones sobre mujeres que exaltaban el sometimiento, o que suscitaban vituperio por su autonomía maléfica. Las artes plásticas se obsesionaron con representar las figuras míticas malvadas: Lilith, Medusa, Judith, Salomé, siguiendo el precepto del libro de Alejandro Dumas hijo, que en 1880 ya tenía una segunda edición, que se titulaba *Mujeres que matan, mujeres que votan*.

El psicoanálisis, último gran discurso de la Modernidad, culmina el proceso de ordenamiento de la diferencia sexual, que, para entonces y tal como lo afirma Geneviève Fraisse, ya constituía un “asunto político” (Fraisse, 1996:98). En el

siglo XVIII y frente a la baja demografía europea, Rousseau había provisto al colectivo patriarcal de buenas razones para confinar a las mujeres al ámbito privado con la “excelsa” tarea de reproducir y criar buenos ciudadanos. Según Elizabeth Badinter (Badinter, 1981), es entonces cuando se construye la valoración de la buena madre y la “vocación” de la maternidad. Esta sería la piedra fundante de una heterodesignación del ser y deber ser de las mujeres modernas que aún hoy no nos abandona.

En las primeras décadas del siglo XX, en especial entre las dos grandes guerras, cuando Freud y sus discípulos desarrollan la teoría psicoanalítica, la cultura sexual de las mujeres de clases privilegiadas en ciudades europeas tales como Viena, Munich, Berlin, Paris, está aún lejos de los ideales rousseauianos. Los clubes de encuentro para amores lésbicos y las redes de glamorosos salones femeninos frecuentados por esposas cansadas de una heterosexualidad muchas veces abusiva, proliferan. En Austria la homosexualidad femenina no estaba penada por la ley como lo era en Alemania y se constituyeron muchas parejas mujeres, llamadas “bostonianas” en alusión a la novela de Henri James (1846-1916), antes, durante y después de la segunda guerra mundial (Rieder y Voigt, 2004).

¿Cómo no iba el Maestro a sentirse confundido frente a la subjetividad femenina y al deseo de las mujeres? No olvidemos que él mismo nos enseña que toda psicología individual es psicología social (Freud 1921/1981). De manera que resulta comprensible su desarrollo teórico de los tres destinos de “la mujer” que conocemos. Su planteamiento, sin embargo, tiene un mérito y es la desnaturalización de la feminidad que se denomina “normal”. El desarrollo teórico engancha los eslabones de lo que denominó Freud “ardua evolución hacia la feminidad” (...) (Freud, 1933/1981:3177-3178): la niña, luego de percibirse en situación de inferioridad por su castración, es decir al sentirse en falta de algo significativo y valorado como el pene, lo querría recibir del padre y al no poder hacerlo en forma literal, haría la ecuación simbólica de completarse con el don de

un hijo. En otras palabras, el deseo de ser madre sería producto de buscar una compensación a la carencia de pene y no objeto de una pulsión específica.

Con ello, y entendiendo que el largo camino desde que “la niña reconoce el hecho de su castración” (Freud, 1931/1981: 3079) hasta procrear el hijo tan deseado, las mujeres pasan por varios cambios de objeto de amor: de la madre al padre y de este al marido, quien le dará –via el embarazo y el hijo- el pene que los padres le negaron, se cierra así el círculo de lo social y lo psíquico: el contrato social / sexual de la Modernidad adquiere sentido. Por una parte se normativiza el destino de la feminidad en el feliz final de la maternidad, satisfaciendo la inquietud demográfica y siguiendo con el predicamento de Rousseau para quien las cualidades “naturales” de las mujeres las destinan al espacio reproductivo y al cuidado de otros. De esta ética de cuidado se benefician los Estados modernos, como afirma Anna Jonasdóttir (Jonásdottir, 1993), gracias al cuidado gratuito de niños, ancianos y enfermos, y de la reproducción cotidiana de los cuerpos en la tarea doméstica no remunerada, lo que genera una plusvalía que beneficiará al sistema dual descrito por Heidi Hartman, el patriarcado capitalista (Hastmann, 1982).

Llegados a este punto, debemos recurrir a Foucault para afirmar que el discurso construye subjetividad y que el control de las instituciones conforma los cuerpos y las sexualidades. De este modo, también el Psicoanálisis se ha constituido en una institución de lo simbólico (Castoriadis, 1975, 1988), prueba de ello es el célebre concepto de Donald Winnicott de “la madre suficientemente buena” (Winnicott, 1975:35 y 103)). Por otra parte, frente a esta construcción de los sujetos aparentemente sin otro destino que el cumplimiento del discurso que los heterodigna, rescatamos el concepto de *Sujeto Verosimil* para el feminismo de la filósofa Celia Amorós y lo define como “la capacidad de trascendencia que posibilita que nunca nos identifiquemos por completo con nuestra identidad, que estemos permanentemente reinterpretándola y redefiniéndola”, y, en tanto “capacidad de trascendencia con respecto a características adscriptivas” (Amorós, 1997:29). Pero, entonces nos enfrentamos a lo siguiente: si la subjetividad se

construye ingresando al orden simbólico a través del desfiladero de la palabra, accediendo al lenguaje de un orden simbólico androcéntrico y el inconsciente se construye según aquel, que no es más que el resultado de lo instituido simbólicamente por el sistema sexo-género vigente ¿Cómo entender, entonces, la trascendencia de la que nos instruye Amorós si incluso ésta debería inscribirse en la malla discursiva?

El discurso sobre la jerarquía de los sexos y el modelo de dominación ha sido secular y fundante de otros sistemas de dominación como lo señala Joan Scott (Scott/Amelang, 1990), sin embargo, existen momentos en la historia del Occidente en los que también en la construcción de la diferencia sexual hay puntos de fuga, y esto es cuando la subversión en términos de clase o raza, lideradas por el grupo sexual dominante de los varones, irrumpe en el escenario socio político como ha sido el movimiento de liberación de la esclavitud en Estados Unidos con la consiguiente adhesión de las sufragistas, y las revoluciones que dieron nacimiento a la Modernidad con el proceso feminista de las mujeres.

Al socavarse otros modos de dominación, clase y raza, la subversión de las mujeres empuja con emerger. Pero, ¿Cómo es esto posible si durante siglos, la subjetividad de las mujeres ha sido construida por un discurso hegemónico, que convenció a hombres y mujeres de la superioridad masculina y de su legítimo derecho natural para gobernar, legislar, producir y acaparar recursos, ser el *pater familias* en todas las clases sociales, en todas las razas y de este modo, perpetuar a los varones como colectivo dominante (Dottin-Orsini, 1996)? ¿Por qué luego del pacto social entre varones libres las mujeres se permiten la subversión?

Volviendo al siglo XIX, cuna del Psicoanálisis, habría sido el temor de que, al igual que la dominación de clase, la masculina, modélica por excelencia, se desbancara y que la retaliación de las mujeres fuera igual de violenta como se demostró en su lucha de clases en la Revolución, la primavera del 48 y en la Comuna de París. El movimiento romántico y luego simbolista decimonónico habrían conjurado este fantasma construyendo sistemáticamente desde las artes, las ciencias, la filosofía y la política, un canon de feminidad para las mujeres cuyo

principal valor consistía en la maternidad y en el cuidado de otros, es decir, tal como lo indica Burin, en explicitar la necesidad de la represión en los sujetos mujeres de la pulsión de dominio y de los deseos de poder. Sorprende la pasión con que las élites masculinas de la modernidad exaltan la necesaria subordinación femenina. Tanto celo ponen en ello que parecería que argumentaran con antagonistas que se resisten a la apología masculina. Es entonces cuando la frase de la psicoanalista Ana Fernández adquiere todo su sentido: “*lo exaltado contiene a lo negado y a su propia denegación*” (Fernández, 1994:180-181). Esto nos permite pensar que junto al sendero discursivo hegemónico, en su revés o negación, circula otro, escamoteado, discurso que se hubiera alojado en un pliegue de la subjetividad de las mujeres a lo largo de la historia.

Retomando la teoría freudiana del complejo de castración, éste surge de una creencia infantil (y como tal, errónea) de que todo humano tiene pene y que aquel que no lo tiene (las mujeres) es porque se lo cortaron o es castrado. De modo que si esta creencia infantil explica la jerarquía entre los sexos y es a su vez la base de la teoría sobre la feminidad y la razón para que los sujetos mujeres abandonen el camino de sujetos deseantes para constituirse en objetos de deseo y, así, recuperar el pene que (nunca) perdió ¿no estamos frente a un razonamiento que merece la ironía de Octave Mannoni frente a toda creencia, “je sais bien, mais quand même” (Mannoni, 1985:12) , es decir “bueno, ya lo sé, sin embargo....”?

Binarismo y reduccionismo a los opuestos es con lo que nos encontramos en la teoría psicoanalítica, por más que Lacan pretenda hacerlo más sutil con las posiciones, masculina y femenina. Tener el falo o ser el falo, desear o desear el deseo, más allá de la diferencia anatómica. Se perpetúan, así, los complementarios en referencia a un imaginario / ilusorio que remite también a la creencia infantil freudiana. ¡Cuanto esfuerzo hacen los teóricos del psicoanálisis, cuánta retórica barroca para negar las consecuencias psíquicas en los sujetos producto de las evidencias políticas y culturales de la construcción de un sistema sexo-género androcéntrico!

De manera que, volviendo a Foucault, el discurso construye al sujeto, pero no solo aquel discurso explicitado, dicho y exaltado, el cual, a su vez, también ha sido construido por un sistema dominante, o sea, la copia de la copia de la copia. Su revés, que en lo explícito permanece escamoteado, negado, silenciado, que da cuenta de la arbitrariedad de aquello, se inscribe, asimismo, en la subjetividad, tanto de hombres como de mujeres. Si no fuera así, ninguna subversión sería posible. Sostenemos que lo negado de lo exaltado, se inscribe en una cadena significativa de hiatos en algún lugar de la retícula subjetiva, que, a modo de un encaje, existe por su hilado y por los huecos que éste delimita. El espacio de la cura psicoanalítica puede suponerse como un espacio liberador, como indica Castoriadis (Castoriadis, 1988), por lo tanto un espacio deconstructivo de las “certezas” inscriptas por el discurso dominante.

Para volver con Amorós a su concepto de *capacidad de trascendencia*, necesariamente trascender es remontar un desfiladero de discurso en algún sentido ajeno a aquel que explícita e implícitamente nos ha construido. No hay lugar fuera del discurso adonde trascender, de manera que en algún lugar, en algún pliegue, repliegue, escamoteo, latencia o negación, el discurso que nos construye ha de contener en sí mismo su propia ajenidad cuando admitimos que la posibilidad de trascender puede constituirse en un tránsito hacia producciones de subjetividad otras que las heterodesignadas.

El espacio de la cura podría proponerse como una experiencia epistemológica y deconstructiva de práctica reflexiva que permita a los sujetos apropiarse de los mensajes de su deseo que, en el caso de las mujeres, yace en un repliegue de lo negado, para una subjetividad en permanente deconstrucción/ reconstrucción.

## BIBLIOGRAFIA

Amorós, Celia, *Tiempo de Feminismo, sobre feminismo, proyecto ilustrado y postmodernidad*, Madrid: Cátedra, 1997.



Badinter, Elizabeth, . *¿Existe el amor maternal?*, Barcelona: Paidós/Pomaire, 1981.

Burin, Mabel, “Sobre la Pulsión de Dominio y el Deseo de Poder en las Mujeres”, en Burin, M. y otras, *Estudios Sobre la Subjetividad Femenina. Mujeres y Salud Mental*. Bs. Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1987.

Castoriadis, Cornelius, *L’Institution Imaginaire de la Société*, Paris: Seuil, 1975.

Castoriadis, Cornelio, *Psicoanálisis, proyecto y elucidación*, Buenos Aires: Nueva Visión, 1988

Dottin Orsini, Mireille, , *La Mujer Fatal (según ellos)*, Bs. Aires: Editorial La Flor, 1996.

Errázuriz Vidal, Pilar, *Misoginia Romántica, Psicoanálisis y Subjetividad femenina*, Zaragoza: Universitarias, 2012

Fernández, Ana María, *La Mujer de la Ilusión*, 1994, Buenos Aires: Paidós.

Fraisse, Geneviève, *La diferencia de los sexos*, Buenos Aires: Ed. Manantial, 1996.

Freud, Sigmund, “Sobre la sexualidad femenina”, 1931. *Obras Completas*, Madrid: Biblioteca Nueva, 1981.

Freud, Sigmund, “La feminidad”, 1933. *Obras Completas*, Madrid: Biblioteca Nueva, 1981.

Freud, Sigmund, “Psicología de las masas y análisis del yo”, 1920-21, *Completas*, Madrid: Biblioteca Nueva, 1981.

Hartmann, Heidi., “Un matrimonio mal avenido: hacia una unión más progresiva entre marxismo y feminismo”, en *Zona Abierta*, nº 24, Madrid: 1982.

Jonasdottir, Anna, *El Poder del Amor, ¿le importa el sexo a la democracia?* Madrid: Cátedra 1993.

Levinton, Nora, *El superyo femenino*, Madrid: Editorial Bibl. Nueva, 2000.

Mannoni, Octave, *Clefs pour l’imaginaire ou l’autre scène*, Paris: Ed. Du Seuil, 1985.

Pateman, Carole, *El contrato sexual*, Barcelona: Ed. Anthropos, 1995.

Puleo, Alicia, *Dialéctica de la Sexualidad: Género y sexo en la filosofía contemporánea*. Madrid: Ediciones Cátedra, 1992.

Rieder, I. y Voigt, D. *Sidonie Csillag, la joven homosexual de Freud*", Buenos Aires: Ed. El Cuenco de Plata, 2004.

Rivière, Joan, "La Femenidad como máscara", en Lacan et al. *La Sexualidad Femenina*, Bs. Aires: Ed. Homo Sapiens, 1985.

Rosenberg, Martha "Género y sujeto de la diferencia sexual. El fantasma del feminismo", en Burin, Mabel y Dio Bleichmar, Emilce (Comp.) *Género, Psicoanálisis y Subjetividad*, Paidós, Bs. Aires, 1996.

Scott, Joan, "El género, una categoría útil para el análisis histórico", en Amelang. J.S. y Nash, M. (Ed.), *Historia y Género: las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea*, Valencia: Edicions Alfons el Magnanim, Institució Valenciana d'estudis i investigació, 1990.

Winnicott, Donald, W. *El Proceso de maduración en el niño*, Barcelona: Editorial Laia, 1975.